

**Julio Hevia Garrido-Lecca**

## **Las (s)obras de arte de la posmodernidad**

### **Para empezar**

A propósito del *desenfado* que los valores de antaño pretextan y el *escepticismo* levantado ante el porvenir, en medio de los despliegues *histriónicos* que la cotidianidad expande y el protagonismo que el *humor* ha venido a conquistar, la *posmodernidad* da cuenta de una serie de *efectos* certificados de continuo. No debe extrañarnos, entonces, el tono chillón de las reacciones registradas ante su hipotética *despreocupación*, ni el escándalo debido a la *ligereza* que le es atribuida.

Parece evidente que las posturas criticadas tienden a oscilar entre el *olvido* de unos ya clásicos orígenes, y la *destitución* de cualquier objetivo trazado *a priori*. Se diría que al iluminar los puntos *ciegos* del discurso, las ópticas *posmodernas* contemplan variadas *inconsistencias* e intentan, sin demasiados escrúpulos, proveer nuevas *combinaciones*. Recordemos

con Wittgenstein el carácter *tautológico* que factura a toda *identidad*, y el modo en que las *verdades* deben agazaparse ante unas políticas no por apresuradas, menos *contradictorias*. Abundan hoy evidencias sobre la fuerza con que ciertas planteamientos han de ser silenciados por *decreto*, o permanecer regulados en el ámbito del *secreto*.

En todo caso, debe quedar claro que el *envite* planteado por la *posmodernidad* no es un gesto *insignificante*, que no es cosa de puro *juego* lo que aquélla pone en *juego*. Sabemos que se trata de interrogar a los mismos *fundamentos* con que Occidente procura un orden armónico. Que, en buena cuenta, se procura recuperar el valor de la *duda* ante los lineamientos que orientan el *sentido* de los discursos dominantes, y jerarquizan el propio discurrir de las *sensibilidades*. En consecuencia, aquella *moralidad* sobre la que reposaba la canónica valoración de la belleza, la justicia o la bondad, suele verse incesantemente flagelada por la *dispersión* del acontecer actual. Así pues, a la manera de unas diatribas minuciosamente recuperadas por la novelística de Eco, las posiciones habrán de polarizarse entre las que *socavan* incólumes las creencias implementadas y las que afirman, por principio, que dichas creencias *no pueden* cuestionarse.

Lo cierto es que al ver amenazados sus democráticos *consensos*, la propia *normalidad* tenderá a *minimizar* toda réplica o a negar, con sintomática *indiferencia*, la tensión gestada. Lo patente es que las *críticas*, ya manifestadas implícitamente, ya declaradas en tono abierto, no hacen más que acompañar la precipitación de un conjunto de *descalabros* que el orden actual testifica. Incluso el propio concepto de *crisis* habría sufrido una serie de involuciones, al abandonar su sentido *atípico* y la condición *ruinosamente* cíclica de la que era inequívoco indicador. Mentada una y otra vez, la *crisis* pasa a consti-

tuirse en lugar *común*, desplazándose hacia el terreno más cómodo de lo *cotidiano* y hacia el diámetro menos trascendente de lo *familiar*. Dicha problemática, que algunos llamarían minimalista, es la misma que los *hábitos* acogen y la *saturación* nivela. No olvidemos acá el origen inconfesado de la psicología y la sociología *modernas*, en tanto disciplinas articuladas para satisfacer una exigencia de *capitalización* constante, en tanto operadores comprometidos con el afán de *reciclar* todo residuo. Según recuerda Sabater, ni siquiera el hecho de haberse erigido en saludables *alternativas* ante el desorden imperante, consiguió impedir que tales ciencias devengan *cómplices* de dichas anomalías y piezas involuntarias de su incesante *reproducción*.

### **Auge y caída de la totalidad**

Entretanto, se ha podido constatar que los modos de combatir las fuerzas imperantes tienden a *diversificarse*, suspendiendo en algunos casos todo indicador de *movilidad*; que las modalidades de lucha suelen *enmascarar* los dictados de la necesidad, o anexar la más desconcertante *apatía*. Las apariencias *pasivas* dejan de concebirse como *contaminaciones* del poder confirmando, en cambio, la subsistencia de otras *lógicas* y *saberes*. Los efectos *enajenantes*, otrora denunciados en su pueril nocividad, remiten a *escenografías* que obligan a virar los propios signos de su anhelada *comprensión*. El propio *sufrimiento*, es regulado por *reglas* muy precisas y medido por las artes de su *verosimilitud*; los *conflictos* constituyen materia de *reconocimiento* u objeto a intercambiar. Y mientras los terrenos *privados* son *públicamente* privados de su rango originario, la agilidad dialógica de las *anécdotas* permite su rápida conversión en noticias de alto *rating*. Todo ese conjunto de

exigencias *confesionales*, recostadas en la incesante circulación y en el soporte indirecto de un *dicen que dicen que dicen*, confirma las estrechas conexiones entre el *saber* y el *poder*.

En la fórmula de Peninou, la *parte* del todo deviene, por su propia potencia, el *todo* de la parte. Para Lacan los caprichos de la *contigüidad* amenazan, desde su raíz, la inteligibilidad de los mismos discursos, imantados irremediabilmente por la condición *errática* de unos flujos que los animan y sofocan. Derrida recupera la noción etimológica de *transporte*, aquélla en que las *metáforas* basarían su real funcionamiento. Por cierto, con tal operación va a borrarse el abismo implacablemente trazado entre sentidos *literales* y sentidos *figurativos*. El pensador argelino procura tanto lo que hay de *literal* en toda metáfora, como la vibración *metafórica* contenida en la literalidad de las lecturas más rigurosas. Rosolato hace explícitos los puentes que vinculan toda *edificación* analógica con las *ruinas* que su implementación *contextual* provoca.

Quizá tales reflexiones exijan volver a dimensionar la conexión, prevista por Jakobson, entre los *desplazamientos* inconscientes y la retórica de sus figuraciones *metonímicas*, el incesante parpadear de sus imprevisibles relevos. En tal camino se encuentra el canje de un *deseo* primario, puramente imaginario, por la *dispersa* gama que las *demandas* significan; la inmersión de unas furiosas *pulsiones* en el propio burbujear de las *dependencias* y la circulación de las *subjetividades*. Graficamos acá, en otros términos, la consabida homologación de los afanes de todos y cada uno, a cargo de un sistema que invoca *competencias* y supervisa *producciones*.

Más radicales en su visión e inusualmente descriptivos en su lectura, Deleuze y Guattari han declarado que al superar la consabida pareja que metáforas y metonimias articulan, podríamos acercarnos, con Kafka y Faulkner, al plano de las *me-*

*tamorfosis*; atisbar, con Proust y Fitzgerald, el jaloneo de las *involuciones*. Desechar, en buena cuenta, el cuadrante horizontal/vertical con que unas teorías anquilosadas le dan la espalda a los efectos *fugaces* y a los *virajes* incipientes. Preferir, con Miller y Burroughs, las líneas *transversales* y los *hormigueos* incesantes que los *microacontecimientos* trazan. En tal escenario destacan las luchas libradas por unas *imágenes/afecto* y unas *imágenes/percepto* en el *ghetto*, quizá ajeno, quizá demasiado imperativo, de las *imágenes/concepto*. De tal manera que los intereses, en vez de priorizar la llegada a la meta, se van orientando hacia el mantenimiento de la *movilidad*; de tal modo que en vez de escandalizarnos ante la más leve inquietud, haya la voluntad de describir la *euforia*; que en vez de certificar la diferencia entre los *conceptos*, nos interroguemos por las *diferencias* que unas consignas conceptuales *recubren*. Se diría que luego de haber levantado monumentos a la complacencia, el *vértigo* parece haber iniciado su conteo regresivo.

En tal óptica los *agenciamientos* darían cuenta de la capacidad de la gente para *conectarse*, de su facilidad para *desbordar* los dominios iniciales y promover todo tipo de *contagios*. Trazado de *líneas de fuga* y fabricación de *individuaciones* por doquier. Así, el *individuo*, clásicamente concebido como materia *indivisa*, resultará *sede* de múltiples *sustracciones* y *adiciones*, arena de un fulgurante *acontecer* que las novelas modernas pretenden retratar. *Terreno* óptimo para la mostración de diversas *anomalías* en las que el teatro moderno y el cine de vanguardia han devenido especialistas. Las nuevas *identidades*, más leves y menos comprometidas, transgreden la familiaridad en que reposan los *reconocimientos* de siempre; sortean sinuosas la supervisión que unos *ideales* administran desde las alturas. En su accidentada marcha, tales *per-*

*formances* quiebran la domesticidad que la propia noción de lo *idéntico* supone, admitiendo en cambio el juego *transicional* de unas *identificaciones* más *refractarias* que reflexivas, la troca indiferenciada de unos *nomadismos* afectivos. Y es que así como los análisis de actualidad anuncian los *automatismos* futuros, los conglomerados de ayer *alteran* la calma del sujeto, *afectándolo* con pesos diversos.

### **La troca, la inversión, el cruce**

Es cuestión de aguzar el oído o, como diría Freud, de mantener una atención *libre/flotante*. Así pues, en un film sueco se nos dice que el mundo está lleno de *revolucionarios* que decidieron ser *padres* de familia. La llamada *doble moral* que los antropólogos describen y las feministas denuncian, revela que el padre que se cela de su propia hija suele ser demasiado sensible a las hijas ajenas. Según certifican los informes del mercado que los travestis callejeros apuran, no es inusual que éstos penetren a unos clientes inequívocamente *viriles*. Las estadísticas revelan que gran parte de los *suicidas* actuales pertenecen al primer mundo, a la franja más adelantada y acomodada del planeta. Gráfica patente de una condición *burguesa* cuya visible *fragilidad* usufructúan del mejor modo las terapias modernas. Tal cual certifican los filmes de Woody Allen, a falta de sufrimiento se *sufre* por la falta de ese sufrimiento; en medio de los excesos se *sufre* por la falta de una falta.

En fin, los hijos suelen ser verdaderos padres de los padres: es lo que, una y otra vez, Mafalda nos enseña. Recordemos, a propósito de paradojas, que el *humor* sólo es efectivo cuando aparece conectado a la *muerte*, cuando alude a ella para mejor eludirla. El que se *muere* de la risa suele *reírse* de la muerte: no es casual tal encuentro. Imposible escapar a la

*duplicidad* que opera todo mensaje, al juego esquizoide en que nos instala. ¿No es acaso sintomático que el abuso de la *inversión* lingüística y la *permutación* fonemática suelen considerarse *síntomas* de una prevalencia *psicótica* en el discurso, que suelen leerse como sinónimos de la más grave *amenaza* a la seriedad del discurso? Mas *xenofóticamente*, se ha sostenido que el descaro para *burlar* tales reglas gramaticales y *acusar* su inoperancia sintáctica, daría cuenta de niveles cognitivos a los que las culturas *no desarrolladas* serían proclives, informándonos de sectores afectados por algún *primitivismo tropical*.

En uno u otro lugar, observamos el drama de las madres violentadas por genitores desconocidos; el destino del *engendro* que entre amo y esclava reprodujeron; el cruce de *filia-ciones* que el conquistador y la conquistada actualizan. He ahí, contactado, el carácter nefasto y la condición sublime de todas las junturas; lo mejor y lo peor de todas las resacas. Precisamos iluminar, entonces, la otra cara de la cara, la *vuelta* y la *revuelta*. Las *potencias* del mestizaje y sus inevitables *riesgos*; la *involución* creadora y el *rescate* de otros tiempos; lo *engañoso* del progreso y lo *transitorio* del triunfo; lo *relativo* de la superioridad y el *aplastamiento* que todas las inferioridades comportan. Ya nos lo advertía Lacan: no es cuestión de darle lugar a lo *real*, se trata de descubrir qué nuevo *lugar* reserva lo real para nosotros. La *pérdida* de la gloria suscita, por ejemplo, unos síndromes de *abstinencia* que no habría que deseárselos a nadie. La fama, señala Onetti, adhiere a la consagración pública, unas cuantas rutinas *circenses*.

Desde otra perspectiva, mudando los lugares y trocando las tácticas, el conflicto sufrido se eleva como principal *desafío* u objetivo a *aniquilar*: he ahí todas las *resistencias* acumuladas y las *contestaciones* que aquí y allá suelen articularse.

Terrenos donde se perpetra el *abandono* de los códigos lexicalizados mientras se visualiza la (a)parición de otras *semiosis* y emergen las nuevas *combinatorias*. He ahí el comandante Zero *rompiendo* el espejo de la historia oficial mexicana y el de sus proselitismos políticos más arraigados. He ahí un diseñador de *comics* como Moebius, tornando *ingrávidos* a sus personajes, mientras persigue materias *inorgánicas* y síntesis *nucleares*. He ahí las pinturas de Bacon, *contorsionando* cuerpos y produciendo estados *adversos* a la visión, atacando el *instante* y gestando otras *velocidades*. He ahí todas las *guerrillas* semiológicas sobre las que Mattelart llamara la atención.

Por ello, cuando de circunscribir los terrenos y operaciones de la *posmodernidad* se trata, resaltan las dificultades sufridas por los *operadores* típicos: trátase pues de las anclas fijadas por los navíos de la *racionalidad*, de la *doctrina* estéril que veda toda movilidad. Por ello, en independencia de que los *eventos* elegidos se consideren *convenientes* o no; más allá de que las posturas elegidas merezcan el epíteto de *vanguardistas* o retroactivas; obviando las lecturas que caracterizan intenciones *barrocas* o distancias *paródicas*, siguen funcionando las trabas de siempre. Ante tal rigidez, las posturas *posmodernas* suelen jugar al gato y al ratón con una *inteligibilidad* orgullosa; tienden a revertir las *autosuficiencias* de un pensamiento formal; suelen nutrirse de las brechas y nexos que el *caos*, con todos sus fermentos, provee.

## **El lugar de los fragmentos y los fragmentos del lugar**

No es gratuito el protagonismo que la noción de *fragmento* adquiere en el mundo actual. Su productividad y *liberación* da cuenta de una serie de iniciativas a las que se arrojaron las vanguardias artísticas; variadas empresas en las que



se han enfrascado las prácticas científicas más avanzadas; suplementos no en vano anexados por los filósofos menos ortodoxos. Así pues, el estallido y la *propagación* de tales fragmentos ha pasado a constituirse en objeto privilegiado y *pre-texto* ideal para los más sombríos *pronósticos*. A fin de atisbar parte de esa imbarajable presencia y objetivar la diversidad de su alcance, hagamos desfilar las imágenes que una *estética* de la fragmentación impone.

Por ejemplo, el obligado hilván de unos *fragmentos* ópticos o texturales, de unos rasgos cromáticos o sombríos, que el *cubismo* de Picasso y Braque privilegió. Por ejemplo, los *fragmentos* a que apelan todos los *sincretismos* religiosos, tal cual queda demostrado en el masivo y espectacular periplo que el culto al Señor de los Milagros actualiza anualmente. He ahí la *estilística* con que los conductores adornan el tablero de sus vehículos. Altar heteróclito cuyos privilegios comparten Sarita Colonia y Nolberto Solano; terreno cohabitado por lenguas lujuriosas e inefables mensajes bíblicos; pasarela icónica en que la lascivia de unos ojos desorbitados da lugar a la calidez de las fotos familiares. *Huellas*, pues, de las que abrevan todos los *mestizajes* culturales y las culturas *chichas*. Así, por ejemplo, no cabe la menor duda de que el jazz y las *fusiones* musicales contemporáneas han contraído una deuda impagable con una *experimentación* rítmica que no cesa de *variar* sus bases melódicas y alterar sus ejecuciones primigenias.

Parece natural que sean las raíces *transculturales* las que den cuenta de la especial efervescencia con que ciertos efectos de *frontera* maduran aquí y allá. Parece lógico que algunos protagonismos encuentren su auténtico caldo de cultivo, a prudencial *distancia* de sus feudos nativos. Así pues: la aparición de la *salsa* en Nueva York, la purificación del *rock* en Gran Bretaña, la diseminación de la *chicha* en Argentina, la reactivación del *mambo* desde Alemania. Acontecimientos que

V. Turner llamó *liminares*, acontecimientos que se constituyen como *rituales* de una actualidad en perpetua *compensación*. He aquí toda una combustión que anula la clásica distancia entre el ámbito de lo *escrito* y el de la transmisión *oral*; he aquí una fuerte incidencia en las dinámicas de lo *vecinal*; he aquí una serie de dispositivos que tornan *compatibles* los abismos de la *oposición*. Insistencia, entonces, en una pragmática del *pormenor* que hace de los contrastes, sus más prolíficos *recursos*. A espaldas de la ideología del *distanciamiento*, certificamos la inserción de una serie de prácticas del *contacto*. *Territorialidad* comunicativa en la que la omisión de los argumentos más rígidos corre pareja con el despliegue de *fricciones* y la impostación de los *rostros*.

A veces los *fragmentos* se objetivan en los *detalles* que la mujer le reclama al hombre, o en los circuitos de una *pasión* que quiere erigirse en la mejor razón. No es inusual que los *fragmentos* emerjan allí donde los *afectos* son quienes producen más efectos. *Fragmentos* son los *recortes* anatómicos que el hombre resalta de la mujer, aquellos *fétiches* a los que se rinde fervoroso. Es pues la misma autonomía de los *fragmentos* la que nos hace amar lo que no *deseamos* y desear lo que no *amamos*. Entretanto, se dan cita las *suspensiones* que toda actuación implica y los súbitos *virajes* en que nos vemos sumergidos. Recordemos, entonces, que los *fragmentos* suelen ser objetos de *prácticas* innumerables, y que los *objetos* devienen fragmentos carentes de espesor en la parafernalia gráfica que nos envuelve.

Constituimos pues un mundo de *coleccionistas*, éstos a los que Benjamin llamaba, sin dilación, *fisionomistas* del objeto. No olvidemos que es *pegando* fragmentos como el niño deviene *artista*, y abstrayéndolos como el artista deviene *niño*. Es sin duda, *tornándose* fragmento, como el autista *separa* el cuerpo, *desintegra* los vocablos y *disloca* su fortaleza. Es *rele-*

*vando* y *suprimiendo* fragmentos, vale decir sometiéndolos a una *selectividad* fuertemente ideologizada, como el poder laurea al hombre *público* y degrada, complementariamente, a la mujer que inscriba sus artes en tal esfera.

Lo cierto es que mientras la *totalidad* resulte el principal beneficiario de los fragmentos que ahí concurren, estos últimos seguirán emergiendo como los recursos *estructurantes* por excelencia. Tal naturaleza es independiente de los fines a los que sirvan, pues tanto podrán *someterse* a un orden dado, como *interceder* por una causa; tanto habrán de caer en las redes de la *domesticidad*, como perfilarán una *contestatación* irreverente. El reloj, diría Faulkner, *conserva* el tiempo y aspira, incluso, a prolongar su *cautiverio*. La vida, agregaríamos, supone el riesgo de volver a perder mil años en un único *instante*; la vida abre el insospechado desafío de beneficiarse con tales *extravíos* e insuflar la brevedad de sus *episodios*. Ahí donde las patas del elefante se adhieren a las alas de la mariposa: figura cara a Virginia Woolf.

Rescatemos al vuelo el fraseo que circula. Jueces *sin* rostro y caras *sin* sangre, miradas que se *pierden* y oídos que no *escuchan*, vistas *gordas* y tactos *carentes*, cuerpos *sin* alma y almas en *pena*. Testas que *extravían*, desesperadas, el cabello y su color; tintes e implantes que *esperan*, complacientes, calmar ese pavor; vidas que se *sustraen* y órganos que se *donan*; pieles que *perdieron* su lozanía y espíritus que *extraviaron* su vigor. En fin, pensamientos *ajenos* a cualquier expresión y expresiones *clamando* por un pensamiento; palabras que *desgastaron* su valor y valores que *prescinden* de las palabras. La realidad, pues, como despliegue de *recortes* y teatro aleatorio de *despedazamientos* continuos. El mundo como vecindad *inconexa* y expectación continua, el mundo como inventario de *extrañezas* y oficina de afectos *perdidos*. Instancias todas de-

finidas por la mera *falta*, por la *pérdida* pretérita y el *ansia* prospectiva. Fantasía de la *restauración*: el que la cirugía provee. Delirio del *reencuentro*: el que el *reality show* regala. Sueño de la casa y el auto *propios*: materia prima de todos los concursos y todos los sorteos.

Pero también se nos habla, en tono reivindicativo y con aire triunfalista, de la gente que *muestra* la cara y de los hombres que *ponen* el hombro; también se propagan, con orgullo y por necesidad, los senos que *rebotan* salud y los vientres que *encarnan* disciplinas; también nos llaman para identificar *rostros* por los que no pasan los años y reconocer *miradas* que traslucen, como las almas bellas hegelianas, buenas intenciones. He ahí la perpetua *activación* de unos sueños en los que la colectividad reposa; he ahí el coro de todos los deseos pugnando por *crystalizar* sus ardientes anhelos. He ahí, a pesar de la miseria o justamente por ella, el *self made man*, y el *sujeto supuesto saber*, el *yo mismo soy* y el *yo me hice solo*. He ahí la eficacia de un consuelo que por ser de tantos, ya no parece de tontos.

Freud decía que el único dispositivo que mantiene uniformados a los *adoradores* de una imagen es la *distancia* que separa, a cada uno y a todos por igual, de aquel icono. Tan importante como renovar el propio distanciamiento con el ideal, es certificar el mantenimiento de dicha distancia en el prójimo. Tan importante como consolarse por las propias *desgracias*, es negar la *fortuna* del resto. No es difícil comprobar el tufillo conservador que tal ideología promueve, ahí donde la emergencia *individualista* se aparea al carácter *envidiosamente* reaccionario que implementa una especie de *control* recíproco. Suerte de *eslogan*: si yo no destaco, tú no destacarás. Especie de *consigna*: para hacerme reconocer, debo impedir los reconocimientos del prójimo.

Retomemos al azar temáticas que la literatura contemporánea propala: un Kafka sorteando las *culpas* que un aparato burocrático precisa endilgar por doquier; un Kundera empeñado en la búsqueda de las *diferencias* mínimas con que cada mujer recompensa su conquista; un Suskind intentando la *recuperación* proustiana de las comarcas olfativas que un reino cotidiano nos prodiga; un Saramago mostrándonos la perennencia de la *ceguera* al orden que nos gobierna y a la lógica que nos inmoviliza; un Lovecraft *aislando* la memoria de un cuerpo a fin de describir la fuerza gregaria que impele a explorar otras latitudes; un Beckett *retratando*, con minucia de topógrafo, la inacabable búsqueda del ascenso individual y la apropiación rotativa de unos casilleros que los empeños comunitarios activan.

Vemos los *fragmentos* convertirse en *versiones* excluyentes del mismo hecho, como en la genial *Rashomon* de Kurosawa; los acompañamos como *efectos* especulares, en *El último año en Marienbad* de Resnais; asistimos a su emergencia como *insertos* del drama cotidiano, en la prolija puesta que Altman extiende en *Vidas cruzadas*; los vemos en la cinta alemana *Corre Lola, corre*, relevarse como *intentos* sucesivamente perfeccionados, de alcanzar el mismo e invariable propósito. La propia obra de Tarantino es pródiga en dichos quiebres, con el lúdico *entrar* y *salir* de los incidentes que *Perros del depósito* propone; o mediante la anulación del *antes* y el *después* que *Pulp Fiction* reserva. De cualquier forma hay en tales títulos un parpadeo de acercamientos y alejamientos que acompaña al vertiginoso relevo de las ópticas superpuestas.

Recordemos la *Historia del cine* que J.L. Godard produjo para la televisión parisina. En ella, las fotos en blanco y negro *pugnan* por el encuadre; en ella los textos, respetando tipografías y ruidos legendarios, *ensayan* títulos y subtítulos. Ofi-

cio *caligráfico*, en la clave de Foucault o discurso *figural*, en la propuesta de Lyotard, se trata de un *desfile* de imágenes que va adquiriendo, en su precipitación, carácter documental. Brotan súbitas las secuencias sobre el cine y la guerra, surgen de improviso los perfiles de las divas y las estampas de los niños. Hay el plano que se cierra sobre los ojos, y hay también el que entreabre, más sensual, unos labios; hay los rostros tomando cuerpo y los cuerpos dejando rastros. Godard *juega* entonces con los episodios y los terrenos; *rescata* y sepulta los olvidos de la memoria; construye, en fin, insospechadas *genealogías*.

No estamos muy lejos de Barthes en su ya conocido *Fragmentos de un discurso amoroso*, especie de glosario o glosario de especies, donde autor y texto se niegan a sí mismos para *adherir* impresiones, *certificar* pistas, *aflojar* significantes. Como el propio Barthes anticipa, la propia *deriva* del trabajo entreabre un lugar para las *afirmaciones*, ahí donde los raptos prefiguran las catástrofes y las errancias se nutren de los contactos; ahí donde las escenas más obscenas son también la carnada de los objetos que nos objetan. En los *márgenes* aparecen, cual garabatos, los nombres de los escritores y de los teóricos, las referencias a los artistas y a los sabios, el homenaje a las figuras clásicas y a las contemporáneas. Confirmamos con Derrida, que desde esa *frontera* surge, más clara y contundentemente, lo que en otro momento habíamos llamado, un *francomirador*. En la clave de Fito Páez:

Me gusta estar al lado del camino, fumando el humo mientras todo pasa.

Me gusta abrir los ojos y estar vivo, tener que vérmelas con la resaca.

Entonces navegar se hace preciso, en barcos que se estrellan en la nada.

Vivir atormentado de sentido, creo que ésta, sí, es la parte más pesada...

Me gusta estar al lado del camino, es más entretenido y más barato.

El fragmento que *olvida* su condición es el que pasa a *insertarse* en otro formato; el fragmento que se *adueña* de diversos tiempos y espacios, es el que sirve *transitoriamente* a otros fines. Por ejemplo, los especiales televisivos que nos *muestran* lo que no debe ser mostrado, que descifran el modo en que los efectos de tal o cual film fueron administrados. *Desmitificación* que supone y reclama la construcción de otra *mitología*: pues si el cine *miente* de modo inteligente, la televisión asumirá la tarea *neutra* y doméstica de permitir el acceso al *know how* de las guerras y los genocidios simulados, al diseño de las caídas y las persecuciones, al rodaje de los amores y al montaje de los dolores. Por no hablar de aquellos informes telenoticiosos que se publicitan a sí mismos, anunciando la hora de su programación y anticipando lo nutrido de su agenda: *síntesis* instantánea de la *síntesis* posterior. Se trata, quizás, de un ejercicio de *fragmentación* del fragmento o de un intento, postrero, de *sustituir* la sustitución.

Ha ocurrido incluso como con las muñecas rusas o las cajas chinas que un prólogo, el de Sartre, pretextado por una obra, la de Genet, termine deviniendo en obra propiamente dicha y requiriendo, como es lógico, del prólogo respectivo. Está la novela de Cortázar leída en el orden convencional, o articulada, según sugerencias del autor, como una materia aleatoria e infinita; y está también la novela que a la postre ordenan los caprichos anónimos del lector. Nos vemos tentados de recordar, una vez más, a Kafka cuando afirma que la existencia del diablo es también la de la conversión *múltiple*, la de las *fragmentaciones* no deseadas, la de las *descomposiciones*

tan temidas. No sería, pues, la simple *oposición* entre lo divino y lo profano, no se trataría de la *confrontación* que *declara* el polo positivo a partir del instante en que concibe y *denigra* a su opuesto. Se trata, en buena cuenta, de una *lucha* más velada entre Dios y sus *demonios*. De la *divergencia*, no lineal e irreductible, entre la aspiración a la *unidad* y la *dispersión* que la habita. Actualización del conflicto que toda *reversión* supone y dinámica del fantasma con que las *metamorfosis* corroen el orden. Ya sabemos que con los problemas que los *demonios* le acarrean a Dios, emerge también el malestar que los *menores* provocan en los mayores, y las clásicas obsesiones que la *mujer* desprende en el hombre.

## **Divorcios y convivencias**

Recordemos que la llamada a una dimensión transdisciplinaria, no es más que el efecto de la *disconformidad* ante las *burocracias* del concepto. Así, en vez de acatar unas oposiciones y unas prohibiciones por todos reconocidas, se trata de operar con otras *contraseñas*. Recordemos que la cuestión de la diferencia y la *discriminación*, del vapuleo y el *estigma*, del *puede ser; pero no tanto*, del *llámame, pero no tan rápido* son parte del menú cotidiano y de las dietas que éste incluye. Insistamos con Simmel en la idea de que el *crecimiento* urbano y la *densidad* migratoria que responde por ella, ha *liberado* la mirada de la *palabra* y la palabra de la *visión*. Insistamos en el hecho de que la sexualidad se ha separado del *tacto* y que incluso el tacto, hoy *digitalizado*, tiende a encontrar su propia *sexualidad*.

Y es que ahí donde el rigor *moderno* se esfuerza en establecer *divisiones* y operar *disecciones*, ahí donde pretende



consagrar *posiciones* y advertir *posesiones*, los nuevos *saberes*, no siempre admitidos como tales, han *fabricado* otras herramientas; las nuevas *técnicas*, frecuentemente negativizadas, han *agenciado* otras maneras de operar e interceder. Que los deseos, clásicamente adeptos a una realidad frustrante, han *confeccionado* en su proceso y porfía los insumos requeridos para sus más específicas militancias. Se pasa, pues, de una excesiva incidencia en lo que *falta*, a la administración, más fluida y heterodoxa, de lo que *sobra*; se transita de una *anomalía* alojada en la incomodidad del *exceso*, a la anticipación que todo *desborde* va a revelar. El problema, calificado como vergonzoso, de la *carencia* va a trocarse por una apuesta en la que sólo cuenta aquello con que se *cuenta*. Señaladas las fortalezas y las debilidades que un diagnóstico afirma, se procede a reconocer las *potencias* que esas mismas debilidades esconden, e incluso a develar las *fisuras* que aquellas fortalezas pretenden disfrazar. Superación del *resentimiento* aplastante en favor de una *creatividad* fugitiva, en favor de una *reactividad* que la propia experiencia positiva.

He aquí los anticonsejos posmodernos: en vez de acusar deudas, *robar* lo que se precisa; en vez de conservar lo capturado, trazar *líneas* de *fuga*; en vez de conformarse con los mapas, confeccionar “n” *croquis*. Desconfiar tanto del frío doctor de las *distancias* como del afable sacerdote de las más cálidas *identificaciones*. Con los cultos que los diseñadores de moda reproducen, Yonnet ha conseguido demostrar que no se trata de depurar las esencias, sino de ir tras la *combinación* de una serie de *apariencias*. Criticando los afanes cientificistas de las disciplinas sociales, Adorno advierte que en vez de soslayar las contradicciones, habría que dar cuenta de la *adulteración* en la que aquéllas nos enfrascan. Aclarémoslo: se roban las *ideas* y las *técnicas*, se combinan las *imágenes* y los *saberes*,

se adulteran los *principios* y las *finalidades*, se hacen eclosionar las *teorías* y los *encuadres*. Al *asesinar* así los orígenes y las causas primeras, el protagonismo revelado es el de los efectos que *coinciden*, el de las fuerzas que *convergen*, el de unas voces que *conversan*.

La *imitación* diría Tarde, no se somete al modelo, sino que lo atrae para *transformarlo*; lo manipula para *incluirlo* en otro circuito; en el extremo, y cuando la necesidad es clamorosa, lo invoca para *desvirtuarlo*. Comencemos a mirar el pasado desde el *presente*, en vez de sopesar el presente desde el *pasado*: es el consejo genealógico de Nietzsche. No *perdamos* el tiempo en *teorizar* o *fundamentar* lo que escapa a tales propósitos: es la advertencia de Wittgenstein. No nos preocupemos por los *recuerdos* del sujeto, sino por el modo en que el sujeto es *recordado* por aquéllos: es la reflexión de Benjamin. Démonos cuenta, con Barthes, que el problema no es el de las cosas que nos *obligan* a hacer sino el de las *restricciones* a las que debemos ajustarnos, el de los *silencios* que no podemos no guardar.

Estamos señalando aquí la imposibilidad que unas cuantas *voces* nos fabrican, de acercarnos al campo minado de lo *impensable*, de expresar el siniestro terreno de lo *inexpresable*, de asomarse a los bordes mismos del *absurdo*. Es ahí donde coexisten los *espejos* de Carroll y los de Magritte, es ahí donde se inscriben las *rutinas* de Keaton y las de Chaplin, es de ahí de donde extraen sus trazos Boccioni y Pollock ¿Cuál si no es el abrevadero de las *circularidades* de Escher y los *ensueños* de Klimt, del *poliglotismo* de Joyce y las *alucinaciones* de Burroughs? ¿Para qué si no los arrestos *felinos* de Joplin y los iracundos *desbordes* de Hendrix, la genial *monotonía* de Dylan y el *lirismo* agresor de Morrison, el vital *desenfado* de Jagger y las más cuidadosas *dramaturgias* de Bowie?

## ¿De qué locura estamos locos, pues?

Tal cual lo entiende Foucault, la *locura* moderna es equivalente a la *ausencia* de *obra*. Denuncia o diagnóstico, tal aseveración certifica, subterráneamente, la *ausencia* de un *canal* que hiciera posible la conexión entre demencia y cordura; la imposibilidad de imaginar un *tercer* elemento que reconcilie el delirio y la razón, o que torne menos hostil su *convivencia*. Con Benjamin sabemos que toda *traducción* es siempre una *traición*. En el extremo más duro de tal aserto asistimos a las imposibilidades que un diálogo de *sordos* perpetran, a los descalabros/nuestros/de cada día: éstos con que una sociedad hipercomunicada esconde su propia *mudez*. En tal sentido, preguntémosnos si la psicosis, abstrayendo móviles gnoseográficos y etiologías de rigor, no es la *resistencia* más radical a la inscripción en un *discurso* prioritario, el reverso rabioso o la suspensión catatónica de un *orden* dado.

De ahí, pues, que el *no-estatuto* de la locura, o su permanencia allende los feudos *familiares*, resulte casi previsible. Gratuito no es que la locura se encuentre congelada a suficiente *distancia* de los cercos *domésticos*; casual no resulta que se le incluya, como dice Foucault, en la pura *exterioridad*. Tal locura corre el riesgo de extinguirse en el momento mismo en que accede a la *cura*: ser dado de *alta* significa, aquí, superar un perfil *bajo*. Ser dado de *alta* exige adquirir un ticket que el otro no extendería sin administrar las *mediciones*, aplicar los *controles* y asegurar las *correcciones* del caso. *Currarse* significa, en buena cuenta, dejarse imantar por una tupida red de *símbolos*. No olvidemos acá, con Nietzsche, que lo típico del símbolo es *morderse* la cola, que con cada aplicación cumple su función por excelencia: remitirse vicioso a su *propio* radio.

Por ello mismo, para que los escritos de un célebre neurótico parisino como Raymond Roussel superen el terreno del mero *testimonio clínico*, para que tales trabajos devengan un ejercicio *estilístico* memorable, se requirieron virajes radicales en los criterios de *verdad* y de *razón* que una y otra época estipularon. Por ello, todo el desconcierto del otro Russell, el reputado Bertrand, ante la fuerza obsesa de las *minucias* detectivescas y la *literalidad* esquizoide con que un Wittgenstein convulsionaba las nociones imperantes. Por no mencionar las imposibilidades de un Breton intentando convertir en *doctrina unitaria* a unas prácticas surrealistas cuya naturaleza *exploratoria* las arrojaba a la amenaza de la búsqueda y al beneficio del encuentro.

Recordemos, finalmente, el destino de todos los *manifiestos* y *protestas* que Artaud levantara, gradualmente disueltos por las tenazas *hermenéuticas* aplicadas sobre su producción. Al propio Nietzsche gestando polémicas cuya vastedad nadie discutiría, mientras la *indiferencia* académica nutría los gérmenes de su patología postrera. Precisamente, con el artífice de los *aforismos* y el liberador de los *devenires* dionisiacos, tenemos la radical suspensión de los pesos *historiográficos* y sus inequívocos nexos causales. Gracias a los trazos *genealógicos* que él señalara, los orígenes trascendentes se debilitan y los *propósitos* ulteriores pasan a mejor vida; gracias a tales virajes, el mundo de los *efectos* se torna suficiente, y las causas primeras van a acusar un franco déficit.

No en vano llamado el filósofo del futuro, Nietzsche anuncia tempranamente la convergencia de los efectos *múltiples* que un mundo actual testifica a plenitud. Proporciona a la par un amplio caudal de evidencias, a fin de hacer saltar los cerrojos de un razonamiento *unitario* y los carriles de un análisis *jerarquizante*. Tributario de las *potencias* enfatizadas por

Spinoza, Nietzsche *detona* todas las deudas *teleológicas* con un pensamiento *oficial* e *inventa* unos modos de *pensar* que, para decirlo con Kerouac, son hallados *en el camino*. Recuérdese también que contra un pensamiento, en extremo *ideologizado* y devenido fantasma del *sentido común*, nos han puesto en guardia los propios textos de Heidegger.

El posterior encandilamiento del pensador alemán ante el discurso *nazista*, en vez de entenderse como efecto *paradójico* o *incongruencia* doctrinaria, podría simplemente engrosar la amplia lista de los que, tarde o temprano, cedieron ante los encantos del rigor *disciplinario* y sucumbieron ante las fauces *delirantes* de una razón que *engulle* todo. Por ello, entre la *negociación* diplomática que exige arbitrajes de relieve, y la *desaparición* masiva de todos los enemigos del poder, es preciso distinguir un amplio *rango* de presiones y consejos, toda una *gama* de sugerencias y amenazas. Gran arco de pequeñas y medianas *violencias* que suele asistir al funcionamiento de las llamadas *relaciones* del poder, alimentando, de un lado, los alardes *macropolíticos* del aparato estatal y, del otro, los *microfascismos* que la cotidianidad trae.

Por cierto, no es difícil certificar pruebas diversas de la inequívoca caída que unas míticas *coherencias morales* han experimentado. Ruina de las *trayectorias asépticas* que, en nombre de *ideales* milenariamente establecidos, debieron ser *invocadas* y *salvaguardadas*. Y es que los *grandes relatos*, como nos demuestra Lyotard, se han derrumbado. Tal resquebrajamiento debe medirse por *fuera* y por *dentro*. He ahí las telúricas derivas con que el modelo *monogámico* se ha venido despeñando; he ahí la suerte, diversa, de los variados *etnocentrismos* y *sexocentrismos*; he ahí la imbarajable decadencia sufrida por los demás regímenes *imperiales*. *Dios ha muerto* nos dijeron, en lugares diferentes y bajo mantos geográficos autónomos, Nietzsche y

Dostoievski. Así, pues, con el *deceso* de Dios, los creyentes irán a iniciar un dilatado *receso*.

## **La fobia al contacto y la enemistad con la desviación**

Además de *separar* para *ordenar*, el poder tratará de *ordenar* para *separar*. Secreto que Foucault le arranca al proyecto *moderno*, a los principios de una óptica controlista y disciplinaria que Bentham invocara. Luego de la consigna *divide y gobernarás* es preciso adicionar su justo complemento: *gobierna y dividirás*. Por cierto, la consolidación que el orden *moderno* alcanza, al multiplicar sus *saberes* y perfeccionar su *funcionalidad*, obliga a trascender la fascinante *fruición* que el *ejercicio individual* del poder desprendería. Obliga a desechar la prioridad de los *beneficios*, clasistas y personales, que su indiscutida implementación *proveería*. No parece gratuito que tales hipótesis, resultantes de una evidente *psicologización* del mundo, hayan devenido lugares *comunes*, y que su concurso resulte sospechosamente idóneo para el estudio de las *tiranías* y los extremos *dictatoriales*. Nos limitaremos a señalar que bajo una óptica más instrumental y pragmática, menos entronizada en *líderes* avasallantes y *sadismos* indiscutidos, la descripción de las *relaciones* que las diversas esferas del poder establecen, da lugar a una dimensión del análisis menos subyugada por las intenciones *personales* y los fantasmas *satanicos* a ellas atribuida.

Lo concreto es que los poderes *mayores*, además de confirmar lo que ya *saben* de los *saberes*, quieren *impedir* que dichos saberes establezcan *contacto*, quieren *evitar* que dichos saberes se *sepan* entre sí. Con técnicas nuevas y para fines muy específicos, se reactiva un principio milenario: *separar* las fuerzas para *administrarlas* mejor. Como cuando el empresa-

rio *disuelve* un cuerpo gremial, esgrimiendo las más jugosas ofertas y *debilitando* los alcances colectivos. Al parecer, no basta con los constantes *secuestros* que las autoridades implementan y los *chantajes* que nuestra debilidad permite, ya que por añadidura, hay que dar paso a todas las *subastas* clasistas que atenúan los peligros de la *contestación* y garantizan la extinción de los *desvíos*.

Lo cierto es que una pureza absoluta sólo cabe en la exigencia del *fabricante* industrial o en las fantasías de un programa *fascista*. Así, *entre* los polos que la lengua *capilariza*, se atisban *desiertos* sorprendente y microscópicamente poblados; *entre* uno y otro *extremo* se halla contenida una amplia franja de variaciones, un espectro siempre soslayado de *grados medios*. Contra el sistemático silencio en que todo sistema *binario* nos sumerge, pugna el bullicio de unas *mezclas* ajenas a encuadres volitivos, y la movilidad de unos *mestizajes* renuentes a la previsión programática. En medio del diseño *verticalmente* estratificado del mundo moderno, se despliegan los *acontecimientos* transversales. Entre la obsesa preocupación por unas *esencias* principistas y la distancia resguardada por unas inefables *intenciones*, se divisan con Bateson mil *mesetas*.

La *dilación*, decía Joyce, es el *ladrón* del tiempo. Podemos reconocer a sus cultores y a sus artífices: el que *va* y *viene*, el que aquí y allá se *detiene* y *entretiene*, el que siempre se *desdice* y nunca se decide; el que *mucho* abarca y *nada* espera, el que encuentra *sin* buscar y explora *sin* querer, el que lejos de *confirmar* la hipótesis suele *anexar* todo tipo de prótesis. Podemos atisbar, en fin, al que *anula* las mutuas exclusiones, *revirtiendo* el secuestro del que ha sido objeto y *disolviendo* su condición de rehén; *chantajeando* al dócil chantaje en el que hubo de caer y *empleando*, para *otros* fines, las tácti-

cas con que fue *sujetado*. Una cosa es clara: lo que más sofoca al poder son las posturas *ambiguas*, las posiciones *intermedias*, la *resistencia* a los rótulos binarios. Por ello, en la medida en que las mezclas *crezcan*, que los mestizajes se *diseminan* y los saberes se *multipliquen*, diversos dispositivos y agentes se abocarán a una tenaz labor de recuperación y *reabsorción*, a un sistemático trabajo de reconquista y *reterritorialización*.

Todo lo que se *desvía*, todo lo que se *afloja*, todo lo que se *mueve* demasiado, es materia de *sospechas* y seguimientos, de detenciones e *interrogatorios*. Dicho en otra clave: todo lo que *desterritorializa* tendrá que ser, tarde o temprano, objeto de una conveniente *reterritorialización*. Contrariamente, las posturas que la *posmodernidad* emblema se benefician de esa *diseminación* de los usos que Derrida describe; de esa potencia de los *fluidos* y los *líquidos*, que señala Serrès; del *caos* que habita el cosmos y del cosmos como caos en suspenso, diría Morin; de los *juegos* que se juegan y de los que súbitamente dejaron de jugarse.

La *posmodernidad* estaría nutriéndose de lo que Virilio ha llamado *estética* de la *desaparición*, que tal vez quepa imaginar como un arte del *no estar*, o como un saber que no precisa *confesar* su *saber*. Más que hablar sobre el acto, la *posmodernidad actúa* al habla; más que instalarse donde el otro lo espera, *espera* donde el otro se *instala*. De repente, más oriental; de repente, *vampirizando* la fuerza ajena; de repente, *ali gerándose* con la pesadez del otro. Indudablemente, y por lo dicho hasta acá, tales tácticas estarán más sintonizadas con los *atributos estructurantes* que con los *seres* de una *estructura* ya definida. Tenderán por ello mismo a desligarse de la petulancia con que toda *definición* pretende afianzar la estructura.



Resulta revelador que algunos de los tópicos acá comentados, estrechamente afines a la noción de *acontecimiento*, hayan sido bosquejados en el polémico y controversial mundo del *arte moderno*. Se observan relatos que lejos de *disfrazar* su carácter ficcional, recuerdan paródica y lúdicamente su real condición; diseños que *interceptan* tiempos y materias incompatibles; obras que en vez de reflejar al mundo, lo *desvían* y *corrigen*, lo atraen y *transforman*. Desobedeciendo el carácter *sacro* con que una plataforma platónica se enhebró a las matrices judeocristianas, las invocaciones *profanas* recuperan su real protagonismo. Los propios *politeísmos* prosiguen su muda e incalculable labor, poblando la Tierra de iconos *menores*, de entidades *mágicas*, de *fanatismos* virulentos y *credos* por doquier. Sabemos que todo ello suscita cierto escozor en una sociedad de control, reactivando los anticuerpos de una organización *monolítica*, de un programa *monocorde*, de un discurso tendiente a la *monotonía*.

Hoy sigue certificándose la prevalencia, no siempre anunciada, de los agenciamientos *múltiples*; sigue constatándose la *singularidad* de las luchas escenificadas en todo terreno. En medio de su palpitante ritmo, los tiempos actuales confirman la *anterioridad*, sin cesar renovada, de unos *politeísmos* fundantes. Como dice Caetano Veloso:

Um tom pra cantar,  
um tom pra falar,  
um tom pra viver,  
um tom para a cor,  
um tom para o som,  
um tom para o ser...  
Um tom pra gritar,  
um tom pra calar,  
um tom pra dizer,  
um tom para a voz,

um tom para mim,  
um tom pra você.  
Un Tom para todos nós

No en vano tales *politeísmos* son negados aquí y repudiados allá; no en vano los *politeísmos* pretenden ser, de cualquier manera, *desactivados*. A manera de *mónadas* leibnitzianas, ajenas a un *tronco* común y a un *plan* arborescente, tales manifestaciones emergen como productos *no ligados* a raíces profundas, como instancias *no sujetas* a esa quietud que tal vez reconfortarían a un Chomsky y a un Greimas.

## **El inconsciente y la cotidianidad**

*Conectados* cuando es indispensable o beneficioso, dispuestos al *quiebre* en otros casos, tales *funcionamientos* nos aproximan a la dinámica del *inconsciente* freudiano. Presencias que tanto se distancian de lo *conceptual* como se aproximan a lo *figurativo*; energías que *entrelazan* un lugar anterior a la letra y el espíritu; fuerzas que incluyen y *transforman* el discurso y la figura. Ese *inconsciente* que alcanzara con el cine su gráfica colectiva más acabada, que se perfecciona y materializa por la vía regia de un desborde *óptico*, es el mismo que da cuenta, durante el sueño, del conocido REM. ¿Qué es, pues, el *rapid eye movement* si no el vértigo del parpadear visual y la aceleración de los devaneos perceptivos? Modalidades que el *trabajo del sueño* emplea a fin de multiplicar la aceleración y los frenos que suelen separarlo de los ritmos *vigilados* por la *vigilia*.

Es preciso recordar que tales claves no son otras que las que brindan acceso a lo que el psicoanálisis llamó *proceso primario*. En la medida en que el funcionamiento del *proceso pri-*

*mario* deba dar cuenta de energías *no ligadas*, su conexión con la lengua será *transversal* y la naturaleza de su trayectoria, *elíptica*; en tanto trabaje con fuerzas a la *deriva*, sus efectos estarán facturados por *convergencias* múltiples e *implicaciones* de todo orden. De ahí que el *inconsciente* freudiano pueda alcanzar parentescos saludables con las *potencias* reclamadas por Nietzsche; con las *triangulaciones* que sustentan la lectura indicial de Peirce; con las imágenes en permanente *refracción* que ha descrito Bergson; con las *redes* neurales que la lectura de Changeaux aporta.

Replegar y desplegar, contraer y dilatar, inscribir y borrar, o para decirlo con Freud: *condensar* y *desplazar*. Si bien hay ahí un permanente *coquetear* con los códigos, *ello* no se *sujeta* al imperio del discurso, *ello* no *declina* ante la llamada primacía de los *significantes*. De hecho, el mismo *orden* significante que da cuenta de las *imposturas* más logradas va a despetar, en su incesante *blablabla*, una *incredulidad* creciente. Así se ratifican paralelamente nuestras *renuncias* y nuestras *convicciones*; así van a conectar por igual el hacer *creer*, que propende al convencimiento, y el *dejar* de creer, activado por las sospechas. En todo caso, el diámetro donde tales minucias aparecen y desde el que esas estrategias son ejercitadas, presupone la fórmula legada por Goffman: centrarnos menos en las *divergencias* poco *habituales* que se apartan de lo *corriente*, que en las *divergencias corrientes* que se apartan de lo *habitual*.

No olvidemos que aquellas *imágenes* con que el *inconsciente* se expresa, que esas *pulsiones* con que *ello* habla, dan cuenta paralelamente de un carácter *tras-individual*, desechando de plano la idea de un inconsciente propio, *personal* e intransferible. Bajo esa lógica, los *efectos* inconscientes se van a insertar en el aquí y ahora de una *cotidianidad* que so-

cializa los deseos y colectiviza los alcances. No es otra la sustancia que va a serle otorgada a unas *pragmáticas* comunicativas, a la fuerza y variabilidad de unos *usos* cuya marca es destilada sobre las nociones originarias. Terreno donde los significados *literales* se ven incesantemente desbordados por unos sentidos *laterales*; espacio donde prevalecen unos *índices* que aminoran las garantías *interpretativas* más generales. Materias que confrontan, desde su raíz, lo *sensible* con lo *legible*. Productos que no se orientan hacia una celosa arquitectura de *demostraciones* lógicas sino que tienden a las variadas superficies de la *mostración*; productos que en vez de aliviarnos con el bálsamo de las *representaciones* de siempre se limitan a extender, transitoriamente, sus *presentaciones*.

### **Consignas modernas, travesías posmodernas**

En vez de *aislar* como siempre, y del mismo modo, los datos consignados, nos enfrentamos a la necesidad de *configurarlos*, nos vemos obligados a respetar su carácter *indisoluble*. Precisamos, pues, insistir en la propia *singularidad* que habita al acontecimiento, en lo *inextricable* del encuentro, en la conexión a la que cada *evento* da lugar. Allí, en ese *hic et nunc* destaca la necesidad de *integrar*, más que de enfrentar al *azar*. No llamará a sorpresa recordar, con los biólogos, el grado en que dicho *azar* se enquistaba en el mismo corazón de las *necesidades*, facturando cada plano del orden vital. En otro sentido, y en medio de la diversidad de *culturas* estudiadas, la antropología también confirma la fuerza protagónica que el *azar* alcanza en cada caso. Contrariamente, visualizamos también los intereses policíacos que un orden *experimental* y una ideología de *laboratorio* procuran: que las *variables* pierdan su *variabilidad*, que su inmutabilidad facili-

te el *aislamiento* de la acción, que su restringida *constancia* nos beneficie con los laureles de la *predicción*. Y es que para este orden de cosas, lo *posible* debe retroceder ante lo *probable*, y lo *probable* rendirse ante lo *predecible*.

A fuerza de reproducir diseños y perfeccionar controles, *congelando* la movilidad de los cuerpos y *disecionando* el presente del fenómeno, es como ciertos regímenes de *observación* y sus pormenorizados registros, aspiran a disfrazar unos anhelos invariablemente *proféticos*. Síntesis de todo el espectro *disciplinario* que la *productividad* moderna ostenta. Repasemos, pues, algunas de las *tácticas* habituales con que tal poder se transfigura en una diversidad de *principios*. Se nos dice, por ejemplo, que la dispersión debe alcanzar los consensos deseables: *moral democrática*. Que los acuerdos objetivos deben prevalecer sobre la porosidad subjetiva: *ideal científico*. Que dados los engañosos peligros dirigidos contra una diáfana profundidad, es preciso desechar la opacidad de las superficies: *metafísica platónica* y *judeocristiana*. Que nada de lo que ocurra históricamente escape a las tenazas dialécticas del Gran Espíritu, ni al espíritu dialéctico con que esas fases nos han atenazado: *paradigma hegeliano*.

Que se *separe*, todas las veces que fuese necesario, a los que saben de los que ignoran; que se *oponga* a los expertos de la distancia de los virulentos siempre confundidos; que se *jerarquice* a los razonadores con respecto a los apasionados. Que se impongan los *jueces*, libres de toda sospecha, sobre todos los sospechosos. Que la invisibilidad de los *verdugos* garantice la justeza del escarnio perpetrado sobre unas víctimas en exposición constante. Que los *sabios*, los *legisladores* y los *profetas* no encuentren resistencia alguna entre legos, legislados y seguidores.

Entre tanta redundancia, los *mandatos* devienen *manda-*

*miento*. Entre tanta *consigna* nadie sabe qué fuente las *asigna*. A fuerza de expandir el afán de *vigilar*, el temor de encontrarse *vigilado* deviene natural. Vigila tanto el que se atribuye ese derecho, como el que supone estar bajo vigilancia. Se desmoronan los *sujetos* dominantes y los *objetos* de la dominación, se dislocan los planos de pertenencia y las identidades en juego. La *conciencia* del *control*, hasta donde se ve, deviene *control inconsciente*. Lo interno y lo externo son, de un lado, *momentáneos*, y en otro sentido *eternos*, ya que funcionan como dos caras de una prenda, como el *anverso* y *reverso* de la misma moneda. No hay mejor control, señalaba Bentham, que el que el propio sujeto ejerce *sobre sí*. No hay persecución más efectiva, digamos, que aquélla que la *sospecha* ejerce sobre el mismo *sospechador/sospechoso*. Terreno dividido del que pretende salvarse el poder actual, espantando la *esquizofrenia* de su reino o encontrando *responsables*, en cualquier lugar, de su masiva ocurrencia. Es así que deben desfilan, en carrusel, los chivos *expiatorios* de siempre: el sexo y las drogas, la juventud y las mujeres, el cine y la televisión, los cultos masivos y los grupos minoritarios, etc.

Joaquín Sabina, trovador militante de todas las urbes del planeta, imagina otros efectos, fabrica otros acontecimientos:

Que se enciendan las velas, que cierren los teatros y los hoteles, que se queden dormidos los centinelas en los cuarteles.

Que se mojen las balas, que se borren las fotos de las revistas, que se coman a besos las colegialas a los artistas. Que se toque la gente, que no lleguen los trenes a la frontera, que sean cariñosas con los clientes las camareras.

## La separación del observador y la separación de lo observado

Vemos cómo la antropología norteamericana más reciente polariza a sus especialistas en torno al dilema *etic/emic*. La línea más *dura* toma partido por un explorador clásico, necesariamente *foráneo*, siempre esforzándose por salvar los *alejamientos* que lo separan de su *objeto*, y por conservar, en otro plano, las *resistencias* inmanentes que éste opone. Las líneas más *flexibles* abogan por un sopesar diferente del observador *nativo*. Es claro que por ocupar este último el lugar del *informante*, deberá instrumentar su saber en pro de unas artes que lo aproximen a las del *intérprete* o del traductor bilingüe. Perfeccionando sus destrezas procurará constituirse en el deseado *mediador* de los mensajes que dos culturas se dirigen. En todo caso, satisface la curiosidad *centrífuga* que anima los proyectos del investigador *etnocéntrico*. Lo percibimos inscrito en el lado de acá de unas realidades que han sido alojadas en la periferia de la *historia oficial*; atesorando unos saberes situados en las bambalinas de la *escritura*; corriendo el permanente riesgo de engrosar los *clichés* que las imágenes turísticas recrean.

No siempre se sabe cuál es el destino que tales *intercambios* concretan, no siempre se esclarecen las políticas que irán a apoyar, o los propósitos a los que supeditan sus logros. La *sensibilidad* del oyente no será ajena a la *crítica* de unos principios morales que validan los métodos utilizados; se articulará como una sospecha en torno a los *usos* que las técnicas reciben. Sabido es que los discursos investigativos deben saber *disfrazar* propósitos menos altruistas de los que en general declaran; sabido es que tales peroratas suelen legitimar aplicaciones no tan amantes del puro y loable culto a la ciencia. No hay amores *incondicionales*, nos recordaba Lacan. Es difícil

saber, entonces, lo que *pasa* entre los interlocutores; lo que literalmente, consigue *pasar* de acá para allá; lo que se *obstruye* en tales conductos; lo que ciertos *diques* inconscientes se encargan de retener y expulsar. En todo caso, material hay para detectar los flancos expresivos donde el *razonamiento lineal* se desmorona; para dar cuenta del espectro de puertas falsas donde la *temporalidad* oficial declina o es obliterada.

Es precisamente en medio de la informalidad a la que estos territorios dan lugar, donde el *habla* coquetea con la escritura y la desaira impertérrita. Ahí donde el lenguaje de los gestos y los tonos, de las inflexiones y las declinaciones se inscribe difuso, despreocupado y continuo; pues entre tartamudeos y alaridos, entre gritos y susurros, un *cuerpo* se opone al *familiarismo* que suele acotar la lengua escrita. Es ahí donde le sacamos la lengua a la lengua. Recordemos pues que la lengua oficial sufre de la pesadez que resulta de tantos lastres *mnémicos* y tantos dispositivos *gramaticales*; sufre del sopor que las presiones *discursivas* y los alardes *sintácticos* le endilgan; y es que la misma lengua se propone como el memorando que vela por unos paradigmas encargados de regular todos los sintagmas.

Lo concreto es que, desde Descartes, el pensamiento *moderno* tiende a colocar todo en el discurso, mientras que los desmontajes *posmodernos* prefieren esperar su transitoria *suspensión* y celebrar su *rodeo*. Tales posturas permiten detectar la *instantaneidad* de un acontecimiento siempre *singular*, u optar por una *socialidad* que los diversos contextos articulan. Al rescatar, con Hume, el modo específico en que una situación *particular* invoca a los *universales*, tales intereses se solidarizan con el modo en que los olvidos *pragmáticos* liberan a los sujetos, y manifiestan su paradójica utilidad. En el otro lado, recostados en la orilla del rigor incólume, reposan los *ex-*



*perimentos*, siempre acompañados de una mítica aureola de *veridicción*. Recordemos con Bourdieu que la propia noción de experimento implica *a priori* una especie de *autosuficiencia*, valor pues que la ideología cuantitavista se otorga a sí misma. En tal sentido, todo experimento impone unas demostraciones *tautológicas* que, para adquirir legitimidad, han de resultar *intangibles*. Bajo tales garantes se coloca a buen recaudo los hallazgos *detectados* y los datos *refrendados* en esa suerte de *set* tecnocientífico que el laboratorio de fin de siglo representa.

Insistiremos sobre ello: se trata de un entorno donde los artificios de *registro* se implementan para lograr capturar la naturaleza de una *realidad* contenida entre cuatro paredes, donde los dispositivos de *control* se aplican para simular del modo más prolijo la *abstracción* de sus componentes *últimos*. Con esas fórmulas *canónicas* se pretende imantar unas *evidencias* que pernoctarían en la *profundidad* del ser; a tales *sistemas* cabría plegarse, con la esperanza de cautivar lo *real* en su quintaesencia. Intento compulsivo, pues, de domesticar la *verdad* mediante unas *técnicas* ceremoniales que parecen remitirnos al esfuerzo con que los grandes *hipnotizadores* psiquiátricos pretendían la reconquista del dato pretérito: aquél que era celosamente atesorado por unas damas históricamente sublimes.

Precisamente, de aquella mística *positivista* y de los alardes *objetivos* que le son consustanciales intentó, a fines del siglo pasado, apartarse Freud. El gesto del fundador del *psicoanálisis* consistió en sustituir la pomposa peligrosidad de unas *prácticas hipnagógicas* por el azar sistemático que las *asociaciones libres* intentaban proveer. No es gratuito que al otro extremo, haya sido una *psicología* conductista, con Watson a la cabeza, la que reclamara su urgente inscripción en el orden y

la ciencia *modernas*. Los excesos empiristas del *conductismo* son, por cierto, el reflejo inverso de unos oscuros trayectos introspectivos que la *fenomenología* de Husserl intentaba, *grosso modo*, revertir.

Entretanto el psicoanálisis, tributario de un *romanticismo* y de unos afanes *biologicistas* que nadie podría ocultar, optaba por validar prácticas casi eclesiales, alrededor de una *institucionalidad* siempre pródiga en ceremonias de *iniciación* y *rituales* de pasaje; ahí divisamos el lugar, frecuentemente denunciado, de unas posturas *delirantes* al que un aparato *interpretativo* dio lugar. Bajo tales parámetros han coexistido diversas promesas de *realización* profesional, alentadas, sin duda, por el espectro *dogmático* que el estatuto de su propio funcionamiento ha destilado.

### **Agua y azar, liquidez y destino**

De cualquier modo, y si seguimos el consejo de Nabokov, habría que *entrecomillar* todas las realidades con que nos topemos: fueran estas fascinantes o *incomprensibles*, reconocieramos en ellas su calidad cívica o su impronta *salvaje*, resaltarán por su *fugacidad* o su perfil centrípeto. Caillois ha propuesto que el *azar* es, en cada mundo, objeto de un *culto* distinto y materia de unas *militancias* especialmente valoradas. El juego y el entretenimiento, al incluir el componente *fortuito* en sus espacios, siguen proveyendo *pretextos* idóneos para encarar unas fobias cíclicamente activadas, para activar preferencias y aversiones. Afán por *fundirse* en el todo o diluirse en la nada. Necesidad de suspender la *distancia* con el peligro. Deseo de faltarle el *respeto* a la muerte, o anhelo de estirar el *límite* del límite.

En tales manifestaciones constataremos, tal cual advirtiera

Hitchcock, el afán de *asustar* y el deseo de *asustarse*; se comprobará, con Gubern, que en tiempos de crisis las preferencias del espectador se orientan, sintomáticas, hacia el género *terrorífico*. Hay quienes hubieran insistido, como los *higienistas* del XIX, en las distancias entre el *temor* a la autoridad y el *terror* a lo sobrenatural. Hoy, en vez del temor a la droga, se divisan todas las *drogadicciones* que la paranoia sabe expandir; se expresan todos los *afectos* que las amenazas totalitarias *prefabrican* y que las pequeñas desconfianzas, *precipitan*. Van a configurarse también todos los *bandicaps* y beneficios *reivindicatorios* con que la victimación beneficia a sus víctimas. He ahí lo que Freud hubiera reconocido como *ganancia secundaria* del dolor.

Hay, pues, el azar climatológico tal cual lo *lee* el explorador Mongol en un film de Kurosawa, y hay los *informes* meteorológicos de fin de siglo, que invitan a salir de la urbe o a guarecerse en ella; hay las derivas y *embotellamientos* vehiculares y también las pistas o atajos con que un saber voceado los evita; hay los deportes de alto *riesgo* y la superación de los *umbrales* que la naturaleza levanta, como en algunas cintas de Herzog; hay, entre el *coqueteo* con la muerte y la *apuesta* con la vida, todos los flujos adrenalínicos que cabe imaginar; hay el afán de entregarse, todas las semanas, a la adquisición *compulsiva* de fichas, y la *epiléptica* inscripción en un mundo de botones y palancas; hay pues la atracción selectiva, individual o colectiva, ejercida por una *fortuna* que suele ser ajena y en la que cualquiera se enajena.

Hay todos los *politeísmos*, religiosos o no, que subsisten y procrean, que infectan y propagan, llevándonos a niveles de insospechada *virulencia* o concretando rendimientos de admirable *productividad*. Hay, en fin, una paz que sólo se conserva como guerra permanente o conflicto *virtual*, que se instala

como *filigrana* bélica en la diseminación de las luchas insignificantes y las tensiones colaterales, de las amenazas *subrepticias* y las protestas *excéntricas*. Hay diversas modalidades de prolongar la *sordera*, de caer en puntos *ciegos*, de perder todo *tacto*; hay, en fin, mil modos de *extraviar* la sensibilidad y *anestesiarse* ante el dolor ajeno, o de convertir este último en la mejor catapulta para el oportuno lanzamiento de los *misticismos* paternos y las caridades celestiales.

Por la *ritualidad* que tales *acontecimientos* comportan, suelen remitirnos a los *polimorfismos* sexuales de los que originariamente diera cuenta Freud; o a las manifestaciones *heteróclitas* que, en el habla, advirtiera Saussure. *Fugaces*, *furtivos*, mas no por ello menos *fundantes*, se trata de efectos que ningún aparato *unificador* consiguió, durante la historia, *extinguir*. En la fórmula de Weber, el mundo moderno habría invertido los términos, sacrificando lo *sacro* para salvar las manifestaciones *profanas* y devolver a éstas toda la fuerza ritual que los encuentros *menores* ostentan. Ese razonamiento encuentra su constatación en todas las investigaciones efectuadas sobre el *ser* de los *ceremoniales* cotidianos; en torno a los *cuerpos* de la proxemia y de la *performance*; a propósito del *juego* de los turnos y las complicidades; sumiéndonos en los *regímenes* de la apariencia y las *lógicas* del parecido.

## **A mover el culo, a saltar fronteras, a tender los puentes**

El *inconsciente* del que hemos hablado no da cuenta de *profundidad* alguna; las *pragmáticas* a las que hemos aludido son las de todos los días; las *actuaciones* reivindicadas son las que se realizan en la *superficie*: obras maestras de la *distracción*, diría V. Woolf. Y es que no habría más *profundidad* que la de la propia *piel*: he ahí la sentencia de Válerý. Es preciso

recordar, una vez más, que lo *interno* y lo *externo* no son más que escenarios; que el *individuo* y el *ambiente* suelen ser piezas móviles; que los tiempos del *recuerdo*, de la *ilusión* y de la *percepción* no siempre se distinguen con claridad, tal cual demostrara Bergson. Es preciso notar la frecuencia con que el yo emerge como *umbral* y se realiza como *desterritorialización* inquieta. Es preciso imaginar al yo como puerta *giratoria*, como arena *movediza*, como efecto de *borde*.

Por todo ello, si el razonar *moderno* alcanzó celebridad insistiendo en unas *topografías* que hacen de las alturas y los llanos sus zonas favoritas, si sus ideales dependen de articular todo panorama entre abscisas y ordenadas, o de agotar cualquier problemática entre niveles horizontales y ejes verticales; las *posmodernidades* no pueden ser más que *topológicas*, hechas de hechos inequívocamente *catastróficos*. Espacios donde hay lugar para las materias *entrevistas*, tornando emergente lo que se halla *entretenido*, atisbando lo que se esconde *entretelones*, recuperando en fin todo lo que los *entretiempos* reservan.

No en vano la etología de Lorenz ha declarado inoperante el dilema que opone lo *instintivo* a lo *adquirido*. Dicha doctrina trabaja sobre un *territorio* dado, dividiendo los *efectos* que alcanzan a diseñar las especies, e incluyendo las presiones y facilitaciones que los respectivos *entornos* caracterizan. La etología va a restituir la capacidad *simbiótica* dada entre ciertos seres ostensiblemente diferenciados; va a ilustrarnos sobre el *mimetismo* incesante que habita en el cuerpo vivo; va a demostrar que, para bien o para mal, el nicho *ecológico* manda. Las indagaciones territoriales, al instalarse más acá del carácter clásicamente *religioso* o consensualmente *mágico* de los ritos convencionales, proveen nuevas *conexiones* para el entendimiento de esas ceremonias. Tal rescate se efectúa por la vía de la *simulación* y del efecto *residual*, se esboza a par-

tir del puro homenaje a la *rutina* y la funcional justeza de los *hábitos*. El rito, entonces, como *sanción* del aprendizaje y declaración de *dominio* sobre un territorio. En todo caso si se tratara de homenajear los saberes que Lorenz nos ha delegado habrá que considerar la *descripción* de otras etologías, el *descubrimiento* de nuevos rituales, el *acompañamiento* de las estrategias en gestación.

Muerto el *referente* y debilitados los significados, las *camadas* de significantes, diría Lefebvre, *flotan* en libertad. Liberados los *simulacros* del peso que la *representación* le otorgara y del *reflejo* que la historia le endilgase, otras redes de signos proceden a articularse. De ahí que los textos de Carroll, contra lo que se cree, no nos confrontan a *juegos* de *palabras*, sino a un continuo poner las *palabras* en *juego*. Tal ejercicio sospecha de las retóricas *analógicas* y *vecinales*; tal experimentación apunta a variar las prioridades *alegóricas* y a desmadejar los recursos *figurativos* de siempre. Que, por ejemplo, la *animalización* de lo humano se desconecte de todos los propósitos moralistas que domestican la lectura; que la *humanización* de las plantas consiga desligarse de los mensajes “profundamente” educativos. Al igual que Carroll, hay que dejar de solicitarle al espejo que nos *limite*; hay que intentar que tal superficie, inversamente, nos burle e *imite*, que nos desborde y *extralimite*. Actuar ante el espejo como si ya no nos *reflejara*, hacer como si ya no nos *alcanzara* ni se preocupara por nosotros, a la manera de los personajes de una novela de Aragón. Como si de copular con un personaje *invisible* se tratara, al igual que en un fresco de Klimt o un *comic* de Manara.

Si de *posmodernidades* se trata, recojamos su carácter *diverso* y *disperso*; rescatemos que sus *figuras* son casi siempre *fisuras*; demos cuenta de que aquéllas aún estarían celebrando cierta liberación de lo *serio*: *cómico* reencuentro con los mati-

ces *trágicos* de la existencia y la subsistencia. Tales desmitificaciones, no las perdamos de vista, son modos más cómodos y domésticos de *digerir* lo que se nos *dirige*. Es revelador que los *simulacros* se liberen del modelo, tal cual lo anticipara Deleuze, y que la aparición de las *series* se ligue a la pérdida del aura, en la clave de Benjamin. Es significativo que los modelos *estallen* una y mil veces, como la vivienda y todos sus objetos, o la arquitectura y todos sus ángulos, en las explosiones que el film de Antonioni, *Zabriskie Point*, regala.

Las fronteras entre lo *natural* y lo *artificial* se derriten leve y gradualmente. He ahí la irrefrenable tentación erótica que ante las androides sufre el cazarrecompensas de *Blade Runner*; he ahí el carácter lascivo que las *prótesis*, las *heridas* y los *accidentes* alcanzan entre los protagonistas del film de Cronenberg, *Crash*; he ahí la añoranza de una vida *terrestre*, humeante, sensual o kinésica, con que los *ángeles* de Win Benders actúan su melancolía, en las no menos notables, *Alas de deseo* y *Tan lejos, tan cerca*. Baudrillard llega incluso a consignar las etapas del itinerario, crecientemente protagonico, que el *simulacro* hoy en día adquiere. La comunión entre el *fondo* y la *forma* da lugar al debilitamiento de los contenidos, al resquebrajamiento de unos principios gestálticos que han ordenado, cual cancerberos, nuestra percepción. Es preciso ver en la obra de M.C. Escher la fluidez con que el día se *funde* en la noche, la rítmica con que los peces *configuran* aves y las aves devienen peces, la modalidad de ensueño con que una torre de marfil *adquiere* el perfil de una auténtica torre de observación. No es éste pues el tiempo, ya lo dijimos, para *saludar* el vendaval de metáforas y símbolos, sino el momento para *destituir* la autonomía de lo literal y lo figurado; el momento de *declarar* la expansión de las *metamorfosis* y el imperio de las *variaciones*.

Habría que decir que las *licencias* que el arte se toma son, en gran medida, efecto del *ghetto* en el que sus cultores más notables han sido alojados. Flota la esperanza de que su *excentricidad* no alcance al resto de la comunidad; de que no alteren la naturaleza y condición de la *individualidad* media; de que el hombre y la mujer *comunes*, al fin y al cabo lugares *comunes*, no se vean afectados. Hay que recordar que, por lo general, los *ideales* preservados *velan* por el mantenimiento de una *distan-*  
*cia* que el sujeto de la masa no debe *transgredir*; y que los *cul-*  
*tos* invocados suelen hacer del reconocimiento de las *jerar-*  
*quías*, el *dogma* que la inmensa mayoría habrá de guardar. De ahí que los *ideales* que la condición artística eleva y a los que, no en vano, su práctica se asocia, estén medularmente facturados por una franja *hostil*: esa hostilidad que palpita entre los seguimientos que la *admiración* provoca. Mecánica en la que se alojan las *lejanías* sublimadoras, y de la que los *romanticismos* revolucionarios suelen ser huéspedes bienvenidos.

Tal lógica no es sólo la de un sentir *colectivo*, o de una razón homogeneizadora, sino principalmente la de un *discurso científico* que a fin de legitimar la *invariabilidad* de cierto saber, eleva el *hermetismo* de sus manejos a un plano cósmico. Razones suficientes para explicar el por qué las *ciencias mayores* van endureciendo, con la tipología prescriptiva de sus formatos, a las *disciplinas menores*; móviles que permiten prever el por qué la comunicación entre científicos extrañamente conseguiría burlar el mero plano del *informe* y la organización *monográfica* a que la tesis da lugar. Todo ello por oposición al carácter *flexible* de un *ensayo*, cuya misma *porosidad* y existencia *transdisciplinaria* pone en jaque a toda una *burocracia* del saber. Y sin embargo, además de consignas y dogmas, de búsquedas unitarias y limitaciones ante lo ambiguo, la modernidad ha dado lugar también a evidencias que no son sólo las que un *discurso cartesiano* y su *duda sistemá-*



*tica* proveían. Hallamos entonces, entremezclados, productos literarios de la talla de *Don Quijote de la Mancha* y manifestaciones pictóricas como *Las Meninas*, por mencionar solo dos aportes merced a los que una cultura hispánica, vía Cervantes y Velázquez, consiguió anunciar el vendaval que los siglos venideros parecían atesorar.

Sea que hablemos del efecto *transpersonal* que el discurso *inconsciente* implica; sea que rescatemos los *agenciamientos colectivos* operados por el ritmo coincidente de los deseos; o que insistamos en la declinación de las *identidades fuertes* y las *memorias enciclopédicas*, lo que ese palpitante anuncia es la *disolvencia* sufrida por las clásicas nociones de *autor* y de *lector*. En vez de rendirle loas a los autores Caetano Veloso, por ejemplo, nos habla de:

... os livros que en nossa vida entraram  
São como a radiação de um corpo negro,  
Apontando para a expansão do Universo.  
Porque a frase, o conceito, o enredo, o verso  
(E, sem dúvida, sobretudo o verso)  
É o que pode lançar mundos no mundo.  
(...) Os livros são objetos transcendentés  
Mas podemos amá-los do amor táctil  
Que votamos aos maços de cigarro.  
Domá-los, cultivá-los em aquários.  
Em estantes, gaiolas, em fogueiras.  
Ou lançá-los pra fora das janelas.  
(Talvez isso nos livre de lançarmon nos)  
Ou —o que é muito pior— por odiarmo-los...

Lo que allí se *descongela* es el lastre *dualista* de toda metafísica de la comprensión que suele incluir al *otro* para salvar la propia individualidad, que suele incluir al *otro* para duplicar y fortalecer al yo, esclavizándose de nuevo con lo mismo.

Lo que se precisa deslindar es la *trama* pegajosa de la pareja *mismidad/alteridad*, ésa que diluye los mensajes en las tareas rotativas de emisores y receptores, ésa que sólo imagina actantes antropomórficos. Desde otra perspectiva, saludamos aquí a un *ser* de las *circunstancias*, aquél que trasciende la clásica paridad y las influencias mutuas que un ser y sus circunstancias diseñaban; en vez de rescatar las bondades con que unos interlocutores destacan sobre otros, con que éstos se defienden de aquéllos, lo que aquí destacamos es el flujo y dinámica del *diálogo*. Lo que aquí *liberamos* son conciencias que nadie podría, en rigor, poseer; en lo que aquí insistimos es en el lugar ausente y ajeno a topografías, del *inconsciente*.

Rescatar, pues, la *continuidad* cuando los cortes se tornan sospechosos, y defender el *errar* cuando éste se hace sinónimo del error; recuperar los cortes cuando los *conductos* se traducen en *conductas* y toda variación tiende a percibirse como *catastrófica*. El *inconsciente* es, pues, el toque *in* de la conciencia, su *no-conciencia* o, mejor aún, su conciencia *furtiva* o instantánea. Fuerza plenamente *recuperada* y vuelta, de inmediato, a *perder*. El lenguaje que el *inconsciente* habla está mucho más cerca del *incidente* acaecido, que del programa previsto; está facturado por las mismas *convergencias* de las que brotan los *acontecimientos*, en vez de manifestar una intención de asimilarse al orden del discurso. Nada de ello supone una *interioridad* fijada sino un conjunto de *escenarios*; nada de ello justifica hablar de *profundidades* sino de *planos* que obligan a trazar planes; todo ello se liga a *camadas* en constante reacomodo, a *miradas* que se miran en un relato de Cortázar, a *performances* que se incluyen en el *vértigo* inenarrable de un film de los hermanos Marx.

Nada de los *enmascaramientos* aludidos debe conectarse con una cara real y una ilusoria, nada de allí autoriza a evocar

las *transparencias* perdidas que una sociedad hipócrita tornaría opacas. Joseph nos enseña que las *máscaras* no son del orden de la *mentira*, sino que se inscriben en el juego de la *escenificación*; que su implementación no obedece al afán de ocultar *verdad* alguna ni al de escamotear la *causa* inicial, sino al propósito de descubrir todo tipo de *versiones* y trabajar con la confluencia de una serie de *efectos*. Veámoslo así: una máscara no tiene más propósito que *oxigenar* a otra, no tiene más fin que facilitar un *relevo* y dar lugar a todas las *variaciones* de las que somos, *entre* todos, capaces. Sólo un *rostro* podría enmascararse y sólo una *máscara* vendrá a gestar otro lugar para ese rostro. La cara que se enmascara no es la más *cara* de las máscaras; la cara que se enmascara es una *cara* más.

### **Ni orden, ni desorden, ni preguntas definitivas, ni respuestas cancelatorias**

La *modernidad* se apoya en un conjunto de consignas que, como la *duda sistemática* o el gran *espíritu hegeliano*, no son comprendidas, ni precisan serlo. De ese modo, la *obediencia* procurada habrá de ser mejor observada. Sabido es que el *ajuste* al orden, y a la orden, será tanto mejor reproducido cuanto menos *reflexión* suponga para el ejecutor. He ahí las gráficas que sobre el *automatismo* del soldado y el verdugo nos reserva Canetti. He ahí los *proselitismos* ejercidos por los grupos paranoicos y los grupos depresivos en la lectura de Guattari. La modernidad sería la de una *promesa* de *control*—racional o económica, lingüística o climatológica— que *supervisa* entretanto los diversos cotos donde se implementan tales *promesas*. Véase ahí la lógica de la publicidad, las presiones del consumismo, el vértigo de los flujos icónicos y el relevo irrefrenable de un conjunto de militancias siempre prescindibles.

Antaño, con el psicoanálisis, conseguimos descubrir cuánto de *orden* subsiste en la *locura*; hoy constatamos, en la vida diaria, cuánto de *locura* hay en el *orden*. A la extrañeza del hallazgo inicial ha de sumarse el sobrecogimiento que los hechos ulteriores generan. Por ejemplo, con la *posmodernidad* se subraya el hecho de que las *promesas* devinieron, gradual o súbitamente, *inútiles*; se percibe que las *políticas* imperantes sirvieron para causas menos *nobles* que las descritas inicialmente; se certifica que las *esperanzas* de antaño cedieron su lugar al furor *pragmático*, viéndose trocadas por un imperio de lo actual que aún no cicatriza los *escepticismos* de la víspera. Tal vez el delirante anhelo moderno, de *positivar* o *negativizar* las cosas; su necesidad imperiosa del *pensamiento* como condición *sine qua non* para la existencia; los afanes *experimentalistas* que confirman y aseguran los *determinismos* requeridos; en fin, el predominio ejercido por la triple fórmula del *medir, controlar* y *corregir*, puedan ser contrastados por un patético y bufonesco *humano, demasiado humano* de raigambre nietzscheana.

El valor monumental adjudicado al sempiterno “¿por qué?” no existiría más. En vez de ello, divisamos todo un teclado que nos aproximaría a los innumerables “¿cómo?” de unas lógicas que cada lugar atiende. Sabemos que la modernidad sigue interrogando y *calificando* al mundo; sigue *coleccionando* indicadores para confirmar la hipótesis, o lanzando *mandatos* en diversas claves; sigue apelando a toques *benévolos* que respalden la liberalidad democrática, o a fórmulas *prepotentes* de raigambre dictatorial. Las posmodernidades, en cambio, *ignoran* las preguntas o las devuelven, las *repiten* variadas o distorsionadas, las *conectan* con otros signos e intenciones. Un poco a la manera de Cantinflas que al ser detenido en estado de ebriedad, arguye que en tanto alcohólico anónimo, carece de nombre. Para tales ejercicios no se precisa dis-

tinguir más entre la *realidad* del *juego* y el *juego* de la *realidad*. De allí que mientras la modernidad *sentencia* con sus interrogantes, la posmodernidad *interroga* con sus mismas contestaciones. Como el relato de Fonatanarrosa en que el marido, luego de haber escuchado la advertencia de no tomar con el estómago vacío, responde si acaso a su mujer le ha afectado ir por el mundo con la cabeza vacía. En vez de articular modernamente el *análisis*, la *crítica* y la *propuesta*, la posmodernidad *libera* visiones y escuchas, *disuelve* activos y pasivos, procura *no* responsabilizarse por nadie *ni* representar a nadie.

La propia *fuerza* de la modernidad tiende a *hundirla* bajo sus raíces, como Nueva York se hunde en el Bronx, como São Paulo se pierde en Río, como el día se pierde de noche, en la noche. Las *levedades* o ligerezas posmodernas resultan más aptas para la *supervivencia*, para el *mestizaje*, para las *mezclas*. Las rutinas modernas creen aún en el *goce sublime* y en el encuentro místico; las prácticas posmodernas son las del *menú flexible* y de las trayectorias a experimentarse, de los *placeres múltiples* y los *n* sexos. El aparato moderno detecta y confirma, con la excepción, la propia regla; la posmodernidad suele suspenderla y embarazarla: pues más que la *excepción* lo que provoca es la *decepción* de la regla. La modernidad *adorna* a la ciencia con el toque, sofisticado, que las *obras* de arte proveen; las posmodernidades *desbacen* la diferencia y *anulan* la jerarquía *creando* híbridos y declarando fusiones, agenciándose así con lo que aquí hemos llamado *sobras* de arte.

Una *distingue* a los contendores y apuesta por el ganador; la otra se *beneficia* con la contienda, haciendo de la *lucha* el verdadero protagonista, y de la *indiferencia* todo un lugar. Los prolijos proyectos que traza el *Coyote* son modernos, los desplazamientos y paradas del *Correcaminos* implican un toque de posmodernidad. La *virilidad*, coherente, racional, impostada, es moderna; la *seducción*, caprichosa y ambigua,

voluble e intermitente, es posmoderna. Todos los aparatos *interpretativos* y sus respectivas *hermenéuticas* llevan la garantía del sello moderno; mientras que los *contextos* que las traicionan y las *tensiones* libradas con tales conceptos, su sorda *complicidad* y su *evasión* intempestiva, la *minuciosidad* de sus actos y la *diversidad* de sus ingestiones, son posmodernas.

De lo anterior se colige que la posmodernidad no es la mera *oposición* del aparato y pensamiento modernos; en el mejor de los casos, podría ser su *proyección* desviada o la *sombra* de su sombra. No su alteridad y menos su complemento, quizás su *huella* traicionera e incluso el *fantasma* que lo ronda. No su otra naturaleza, supuestamente fija, sino sus *artifícios* en constante variación. No el doble que se *doblega* sino sus dobles que se *desdoblan*. De repente su efecto *suplementario*, de repente su *in-definición* por penales, de repente su *contra-indicación*. Aquello que actúa a pesar de las advertencias y contra todas las providencias, aquello que opera en el mismo momento, a otra *escala*; aquello que actúa en la propia escala, a otra *velocidad*; aquello que se desplaza a similar velocidad, en otras *rutas*.

Y así como la palabra *asesina* el deseo y todo hombre es cómplice de ese delito, el cuestionamiento *asfixia* las creencias, repudia los repudios, y reniega de las renegaciones. Pues toda duda sobre la *duda oficial*, inaugura otros *razonamientos* y le da apertura a otras *sensibilidades*. Pues, toda desestabilización del *consenso* traduce nuevas *líneas de fuga*, provoca en fin *persecuciones* en los niveles más banales, y *aniquilaciones* en los circuitos menos previsibles. Demos, pues, gracias a Dios por permitir que compartamos nuestro ateísmo, o que lo repartamos a pesar suyo.